

tado de los anteriores, apeló á la via de las negociaciones, haciendo que llegase á oídos de los habitantes de Rodas que el sultan proponia una capitulacion, en que les dejaba sus haciendas y sus vidas. Un gran número de vecinos, ya quebrantados con tantos padeceres, acudieron con lágrimas al gran maestre, para que entrase en una negociacion que los salvaba de la ruina. Cerró al principio sus oídos el jefe á la proposicion, esperando siempre algun refuerzo; mas intercedieron por el pueblo los patriarcas griego y latino, que residian en Rodas; pues el vecindario profesaba por la mayor parte el primero de los ritos. Por otra parte, se hallaban los sitiados en la mayor extremidad; las obras exteriores, los torreones, los baluartes, á excepcion de uno solo, no eran mas que escombros, y la guarnicion estaba reducida á nada. Por fin, se entró en negociaciones. Tres dias de tregua pidieron los enviados del gran maestre. Los negó Soliman, temeroso siempre de la llegada del socorro, y mandó dar asalto el dia siguiente: mas aunque fueron los turcos repelidos por dos veces, tomaron al fin el único baluarte que restaba. Se retiraron los caballeros al interior de la ciudad, resueltos á defender su último atrincheramiento. Estaba consternada la poblacion, y se escuchaba ya la trompeta de la muerte. Cuando volvió á recurrir el pueblo con su clamor al gran maestre. Entonces se decidió este á pedir una capitulacion, cuyos términos prueban hasta qué punto Soliman respetaba todavía un puñado de valientes enterrados entre escombros. Se conservaron por ella las vidas y las haciendas á los habitantes, quedando en el libre ejercicio de su culto; se permitió la salida libre á todos los caballeros de S. Juan, con sus galeras y correspondiente artillería. Todo lo demas debia de quedar en manos de los turcos.

Mientras se ajustaban las condiciones del tratado, se descubrieron unas velas. Los turcos que las vieron los primeros, creyeron que eran los socorros que esperaban los cristianos; mas luego conocieron por los pabellones,

que el refuerzo venia para ellos mismos. Soliman, con medios nuevos de renovar ventajosamente las hostilidades, guardó sin embargo su palabra, y se dió fin al negocio del tratado.

El 24 de diciembre salió de Rodas el gran maestre de l' Isle Adam, al frente de sus caballeros. El dia siguiente entró en la plaza Soliman triunfante; si se podia llamar triunfo tomar posesion de tantas ruinas.

Sabido es que el emperador Carlos V hizo entonces á los caballeros de S. Juan cesion de la isla de Malta, donde se establecieron en seguida. Ya veremos en el reinado de su hijo, que se volvieron á cubrir de gloria en un sitio tan célebre como el de Rodas, y mucho mas afortunado.

CAPITULO VII.

Artes.—Ciencias y literatura en la época de Carlos V.

Se designa el principio del siglo XVI con el nombre de *época del renacimiento*; como si dijéramos, de la restauracion de las artes, ciencias, literatura y demas ramos, que en los buenos tiempos de Grecia y Roma, habian asignado al hombre inteligente y creador tan alto puesto. Pudiera aparecer de esta expresion de *renacimiento*, tomada en un sentido rigoroso, que todas las naciones de Europa se hallaban en un mismo grado de rudeza; que nada se habia debido al genio ni al saber en los siglos que llaman la edad media, ó que en la época del renacimiento no se habia hecho mas que restablecer é imitar, sin que los hombres hubiesen pasado á nuevas creaciones. Analicemos, pues, la idea de renacimiento; veamos á qué altura se hallaban las diversas naciones de Europa en dicha época. Comenzando por Italia, sea que ciertos climas se presten mas que otros al vuelo de la inteligencia; sea que el estado de repúblicas en que vivió aquella region desde tiempos tan antiguos, diese mas campo al ta-

lento, que es fruto de la libertad, y se desenrolla muchas veces con el mismo fuego de las divisiones intestinas; sea que el comercio y trato con las naciones del Oriente los hiciese imitadores de su industria y de sus artes; sea que en su suelo hubiesen quedado cenizas mas vivas del fuego de la antigüedad que en otros, es un hecho que Italia, desde el siglo XII, dejó de ser lo que se llama un pais bárbaro, y que en los restantes hasta el llamado del renacimiento, pertenece sin disputa á la clase de naciones cultas. Florecian en su suelo una porcion de repúblicas distinguidas las unas por sus artes y su industria, las otras por su navegacion y su comercio, y todas ellas por un refinamiento en los goces y comodidades de la vida, desconocidas en casi el resto de la Europa. Las mismas guerras mútuas, en que con tanta frecuencia se veian envueltas, aguzaban su ingenio creador, para proporcionarse recursos, y curar las llagas que un estado tan violento producía. Solo al amor del trabajo, al genio de la industria y á los frutos del comercio, se podian deber los armamentos formidables por tierra, y mucho mas por mar, con que se distinguian Estados de un corto territorio, y que en el mapa político apenas hoy figuran. El mismo genio que producía tantos frutos en las artes y en la industria, explotaba el campo del saber en sus diversos ramos. En medio de tantas guerras y convulsiones políticas, florecian las universidades, y se daba á las ciencias y á las artes el fomento y homenaje que las vivifica. De todo lo que es magnífico y habla á la imaginacion se ofrecian algunos monumentos, y la arquitectura no era la que menos brillaba entre las creaciones del ingenio. De todo esto gozó Italia antes de la época del renacimiento. Muy anteriores á ella fueron los Dantes, los Petrarcas, los Bocacios y otros genios célebres. No necesitaron de ella, entre otros, los inventores del Algebra, ni los descubridores de la aguja náutica (1).

(1) Véase la nota G al fin del tomo.

Las otras naciones no estaban, sin duda, tan adelantadas. La España que, en la línea de la inteligencia seguía á Italia, habia debido mucho á la residencia en ella de los árabes. Se sabe lo que florecieron estos en la industria y en las artes; lo magníficos y brillantes que fueron en la arquitectura; lo zelosos en cultivar y difundir los ramos del saber humano, sobre todo, el de la medicina y astronomía; en fundar escuelas cuyo nombre es célebre. Desde el siglo XIII comenzaron á florecer en España las mismas, y á desenrollarse el gusto de las letras. Ya se conocen de aquel siglo composiciones poéticas en lengua castellana (1), rudas si se quiere y desaliñadas en sus formas; porque merecen todavía las miradas de los inteligentes. Las Siete Partidas, prescindiendo de su valor como una compilacion de leyes, son uno de los grandes monumentos literarios de la misma época. De la misma fechan historiadores, que si no pasan por tan eminentes como fueron considerados en su tiempo, merecerán siempre la reputacion de distinguidos. El siglo XIV en nada desdijo del precedente; y el XV, en comparacion de los otros dos, fué un siglo de oro, antes que se hubiese entrado en el renacimiento.

No seguiremos los demas paises de Europa, porque sería prolijo, y para nuestro objeto muy inútil. Verdaderamente lo que se sabia de verdadera ciencia era poco, casi un punto imperceptible en un campo inmenso de inutilidades y de absurdos, hoy sepultados en el polvo. Las artes eran rudas, excepto algunas consignadas á la fabricacion de las armas, á las ricas telas donde entraba la seda, la plata y oro con profusion: y otras relativas al lujo, que era todo de magnificencia. Entre las que se llaman nobles, solo una se cultivaba con grandeza y esplendor, á saber: la arquitectura, de formas y pro-

(1) El poema del Cid, de autor desconocido; las obras poéticas de Gonzalo Berceo; el Alejandro de Juan Lorenzo, son de dicho tiempo. A él pertenecen algunos otros de menos fama, mas cuyos nombres no se hallan olvidados.

porciones muy diferentes de las usadas por los griegos y los romanos; mas de una elegancia, de un atrevimiento, de una aparente ligereza, de un lujo en los adornos que hacen sus monumentos el encanto y asombro de cuantos los contemplan. Con este carácter de magnificencia y de hermosura se erigieron con profusion templos en varias regiones de la cristiandad desde el fin del siglo XI hasta el del XV. Desde entonces ya no se edifica con este gusto; mas hasta ahora nadie se ha atrevido á dar mas mérito al moderno.

No debemos pasar por alto un ramo de literatura muy cultivado en dichos siglos, aun desde los primeros, en que comienza lo que se llama época de las tinieblas; á saber, el de la historia. Pocas naciones han dejado de producir hombres de algun lustre en esta clase, y cuyas obras todavía se consultan. Nosotros los tuvimos desde la época de los reyes visigodos, pudiendo presentar entre otros á San Isidoro, arzobispo de Sevilla, como el primer historiador de aquellos tiempos. Los tuvimos en el siglo VIII (el Pacense); en el IX (Sebastian, obispo de Salamanca); en el X (Vigila, monge de Albelda); en el XI (Sampiro, obispo de Astorga); en el XII (Pelayo, obispo de Oviedo), con otros muchos mas de menor nota. Florecieron en el XIII tres de gran renombre; á saber: don Lucas, obispo de Tuy, llamado el Tudense, el famoso don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, y D. Alfonso el Sábio, quien entre varias obras hizo ó mandó hacer una crónica general de España. Tambien los hubo en el siguiente. En el XV se compusieron las crónicas de los reyes don Pedro el Cruel, don Enrique II, don Juan I y don Enrique III, y en el siguiente las de don Juan II y Enrique IV. Tambien produjeron sus historias los reinos de Portugal y el que se designaba con el de Aragon en aquel tiempo.

Es digno de atencion que en estos siglos que se llaman de oscuridad se hayan hecho descubrimientos é invenciones que ademas del carácter de utilidad que los dis-

tingue, llevan el sello del verdadero genio. Entre otros, se descubrió el arte de la relojería, el de suplir los defectos de la vista por medio de anteojos; en ellos se construyeron los primeros órganos, instrumento músico, desde entonces no superado por ninguno. A la edad media pertenecieron los inventores de la pólvora, los de la aguja náutica, los que pintaron por vez primera sobre el vidrio, los que fundieron y emplearon los primeros tipos de la imprenta. El arte de copiar, iluminar, y adornar de cualquier otro modo los libros antes que dicha invencion los hubiese hecho tan comunes, constituia uno de los grandes ramos de la industria. Eran entonces los libros objetos preciosos de gran lujo, y que solo poseian los hombres opulentos. Habia artista cuya vida se pasaba en copiar, iluminar, dorar, hermosear un solo libro. De las riquezas que en este ramo nos dejó la industria de aquel tiempo, deponen los depósitos de los manuscritos que en las ricas bibliotecas se conservan.

La voz pues de *renacimiento* es de poca exactitud tomada en su generalidad; se puede explicar modificándola. Hay épocas en que se desarrolla singularmente el espíritu de imitacion á vista de modelos impregnados de belleza: hay otras en que por circunstancias naturales, morales ó políticas, abundan mas los verdaderos genios. Una y otra cosa tuvo efecto, sobre todo en Italia, ya desde el siglo XII. Aunque desde aquel tiempo habian puesto las Cruzadas á casi todas las naciones de Europa en contacto con el Oriente, ninguna igualaba en esta parte á Italia, no tanto con dicho motivo, cuanto por los intereses de comercio. Entre las repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, las costas de Grecia y escalas de Levante, se habia mantenido una comunicacion no interrumpida en ningun tiempo. De las costas de Italia salian víveres para los cruzados, y aun las escuadras que los conducian. En Venecia y Galeras de Venecia, se embarcaron los que iban á Constantinopla en auxilio de su emperador, y concluyeron con

apoderarse del imperio del Oriente. A Italia vino á implorar auxilios el último emperador latino destronado. A Italia vinieron embajadas de los primeros emperadores griegos que recuperaron su trono de Constantinopla. Cuando la aproximación de los turcos otomanos desde mediados del siglo XIV inspiró serias inquietudes á dichos príncipes, fueron mas frecuentes las comunicaciones. Se repitieron las embajadas, y hasta vinieron emperadores mismos á negociar alianzas y socorros. Conforme se acercaba el peligro, llegaban á Italia nuevos personajes; la toma de Constantinopla debió de dar nuevo desarrollo á las emigraciones.

Tan frecuente trato entre el Oriente y el Occidente no podia menos de producir su efecto. Con las embajadas vinieron hombres de importancia y de saber, y entre los mismos emigrados á quienes el temor del peligro al principio, y despues la toma de Constantinopla espulsaban de su hogar, se contaban muchas personas ilustradas. Entonces comenzó á difundirse, comenzando por Italia, el estudio de la lengua griega, tan poco cultivada hasta últimos del siglo XIV, que la ignoraba hasta el Petrarca. Al estudio de la lengua se siguió naturalmente el de sus grandes escritores; y esta nueva aplicacion en lugar de disminuir la de la latinidad, la acrecentó al contrario. El nuevo arte de la imprenta se consagró casi exclusivamente á reproducir y multiplicar los grandes modelos literarios de la antigüedad, cuyo conocimiento se introdujo en las escuelas, y fue un deber entre los sabios. En ellos bebieron como en fuentes de buen gusto los principales escritores, y en su imitacion cifraron sus grandes títulos de fama. Con los escritores, se estudiaron igualmente los artistas; y los escultores, los arquitectos, causaron el mismo entusiasmo que los historiadores y poetas. Todas las cabezas se montaron á la griega y la romana.

La arquitectura mereció sin duda su estudio de preferencia si nos atenemos á los resultados. En los principios de su imitacion se creó un prodigio del arte, la iglesia

de San Pedro en Roma. Este ensayo que sin duda fue de los primeros de la arquitectura greco-romana, se quedó igualmente el primero en mérito y magnificencia sin haber sido desde entonces de ninguno excedido ni igualado. Tambien esto se explica. Los grandes monumentos de arquitectura exigen ademas de genio, enormes gastos. El genio del artífice brilla sin duda en la inmensa mole de la iglesia de San Pedro; de su costo nos quedan, como lo haremos ver luego, monumentos todavía mas durables.

El celo de dos ó tres pontífices que se sucedieron en la silla de San Pedro con una misma idea, las inmensas sumas con que contribuyó la cristiandad, y la imitacion de los grandes modelos de lo antiguo, explican bien la construccion de esta obra gigantesca. Tambien quedaban de aquella edad modelos preciosos de escultura que pudieron inflamar el genio de Miguel Angel, de Celini, de los demas grandes estatuarios de aquel tiempo. ¿Mas suedia lo mismo en la pintura? ¿Fueron en ella tan felices los antiguos como en la arquitectura y la escultura? ¿Nos quedan á lo menos modelos de imitacion como en las dos últimas artes. ¿Cuáles guiaron pues, á Rafael, á Leonardo da Vinci, al Correggio, al Ticiano y sus contemporáneos?

Se puede pues decir que si la arquitectura y la escultura renacieron en cierto modo cuanto se imitaron con esplendor los modelos de la antigüedad, se creó la pintura y, como lo haremos ver mas adelante, no fué la única creacion que atestigua el genio de aquel siglo. Mas las bellas artes en Italia, ni como renacidas, ni como creadas, aparecieron de una vez á últimos del siglo XV y principios del siguiente. No marcha así el espíritu humano en ninguna de sus producciones. Todo principia, progresa, y al fin se perfecciona. Desde mediados del siglo XIII fechaba en Italia el cultivo de las bellas artes, y la imitacion mas ó menos aproximada del antiguo. Sin duda de Cimabué hasta Rafael hay una distancia inmensa; mas

entre estos extremos de la progresion, se ven los términos medios que encadenan digámoslo así la perfeccion del último con la rudeza del primero. También Bramante arquitecto de San Pedro, y el escultor Miguel Angel, tuvieron que echar alguna vez la vista sobre sus predecesores. Mas de sesenta pinturas se cuentan en los dos que hemos mencionado, y cuyas obras se ven todavía con placer, y anuncian lo que iba á ser el arte con el tiempo. El número de los arquitectos es mucho menor, y aun descien- de considerablemente de este último, el de los escul- tores.

Se presentó esta que se llama época de renacimiento brillante y magnífica en extremo. De la grandeza de la igle- sia de San Pedro no hubo templo alguno en Grecia y en Roma; y ya llevamos dicho que de todos cuantos monumen- tos de esta clase se erigieron despues, se quedó el primero en mérito y grandeza como en el órden cronológico: los escultores y pintores de la misma época tambien se que- daron los primeros. Los nombres ya citados, los de Mi- guel Angel, de Andres del Sarto, del Parmesano, del Torrigiano, del Primaticio, de Benvenuto Celini y otros, por ninguno han sido eclipsados ni igualados. Así la primera mitad del siglo XVI fué el apogeo de las nobles artes en Italia, donde parece que la naturaleza tuvo á gala agrupar en aquel período sus mas grandes genios, de modo que la segunda mitad del mismo siglo, aunque tambien de brillo, aparece en comparacion desnuda de interés y mérito.

En España tambien cuentan las bellas artes larga fecha, quizá tan alta como la de Italia. Hasta fin del siglo XVI fué mayor el número de los escultores que el de los pintores. Mas de cincuenta se cuentan de los primeros entre entalladores, tanto en piedra y en madera como estatuarios, cuyas obras se admiran to- davía. Las estatuas carecen de coreccion y de dibujo; mas en materia de adornos, de sillerías de coro, de lujo y suntuosidad en retablos y sepulcros, nos quedan

del siglo XIV y XV monumentos admirables. La archi- tectura era la magnífica que se usaba entonces, y de que tan alta prueba dan nuestras catedrales. En pintura estába- mos mas escasos, siendo de notar que este arte floreció mucho menos que el primero tanto en dichos siglos, co- mo en los dos primeros tercios del XVI.

La escuela de nuestros grandes artistas que desde esta época quisieron distinguirse, fué la Italia. Allí cor- rieron atraídos de la fama de los grandes hombres, bajo cuyo aprendizaje se pusieron; cuyas obras y los gran- des modelos del antiguo, eran objeto de su estudio. Sin embargo los artistas, sobre todo pintores de gran fama, que produjo España, no pertenecen al tiempo de Car- los V. En escultura aprovechamos mas, y entre otros artistas distinguidos floreció Alonso Berruquete, que lució en España las lecciones que recibió en Italia.

Con respecto á la arquitectura restaurada, ó greco- romana, tampoco nada de grande produjo en España du- rante la misma época. Los grandes monumentos de este género estaban destinados para el reinado de Fe- lipe.

Las demas naciones de la Europa presentan en la primera mitad del siglo XVI incomparablemente mayor escasez que nuestra España. La Francia no produjo en toda esta época un arquitecto, un escultor, un pintor célebre. A últimos del siglo XV se erigió en Inglaterra un grandioso monumento de arquitectura; á saber, la capilla de Enrique VII pegada á la misma iglesia de Westminster; mas fué por el estilo gótico. Por lo demas ningun pintor ni escultor, cuyas obras se celebren con elogio. Los Países-Bajos produjeron al pintor Lucas de Leyden ó Lucas de Holanda; que raya entre los grandes de su clase. Igual suerte tuvo Alemania con Alberto Durer ó Durevo de Nuremberg, y aun mas brillante la Suiza con Juan de Holheim ó Holpein, na- tural de Basilea, que retrató á Erasmo, al cardenal Wolsey, al famoso Tomás Moro, y por su gran repu-

tacion fué admitido al servicio del rey Enrique VIII de Inglaterra.

Se puede decir que en la mitad del siglo XVI fué Italia la monopolizadora de las nobles artes. Sus profesores debieron adquirir un nombre célebre y famoso entre los mas esclarecidos. Así sus obras fueron apetecidas, deseadas con ardor, compradas á los precios mas subidos por los que hacian de su posesion un objeto de lujo y magnificencia. Así se vieron los artistas mismos objeto de admiracion, de entusiasmo y hasta de respeto, por los primeros personajes de la época. Rafael vivia con toda la riqueza, y hasta el boato y esplendor de un príncipe. Correspondieron las exequias á tanta nombradía, y su cadáver fué acompañado al sepulcro por los hombres mas esclarecidos. En el salon del Vaticano, donde se le puso de cuerpo presente, figuraba como adorno principal su cuadro de la Transfiguracion, que acababa de pintar; el primer monumento de este arte en todo el orbe. No se desdenó el emperador Carlos V, hallándose en el taller del Ticiano, de coger del suelo el pincel, que por casualidad se habia caido al artista de la mano. ¿Qué favores y obsequios se podian negar á los que imprimian en el lienzo ó en la tabla con tanta fidelidad y maestría la imagen de los príncipes; á los que dirigian la fábrica de la iglesia de S. Pedro; á los que pintaban sus cúpulas; á los que decoraban los salones del Vaticano; á los que adornaban los templos con monumentos tan magníficos del arte? Sus grandes y eminentes profesores han dado en cierto modo la ley en todos tiempos. ¿Qué no debia suceder, cuando eran á la par de eminentes, tan escasos?

El buen tiempo para las ciencias naturales y exactas no habia venido todavía, ni en Italia, ni en las demas naciones de la Europa. No fué en este sentido aquella primera mitad del siglo XVI, época de renacimiento; lo fué de una invencion grande, magnífica, de la mayor importancia, única en su linea. Mientras Rafael

pintaba, y Miguel Angel esculpia, meditaba un sábio oscuro del Norte de Alemania su sistema solar ó planetario, en que se daba fijidad al sol, y se hacia mover á la tierra como á los demas planetas en derredor de este astro, considerado como centro del sistema. Para algunos no fué Copérnico el inventor; mas siempre será una gloria suya haberle estudiado, modificado y reproducido, sin tener en cuenta la oposicion encarnizada que iba á encontrar en las doctrinas y creencias dominantes. De todos modos, la aparicion de este sistema no hizo gran ruido por entonces. Estaban los papas demasiado ocupados en sus guerras, de sus placeres, de sus artes, y del aspecto religioso que tomaba en Alemania, para dar demasiada importancia á una teoria, que tal vez tomaron como un sueño, como un extravío de la fantasia, como son considerados en un principio todos los inventos. Con el tiempo fueron mas serias las inquietudes, y mas pesados los disgustos.

El descubrimiento de Copérnico fué el único de su clase en aquella primera mitad del siglo XVI: hasta la segunda no fué verdaderamente estudiado, aplicado y meditado. En ciencias exactas y fisica natural se daban pocos pasos. No habia venido todavía la época de la experiencia, y en las universidades se continuaba bajo la tutela de Aristóteles. Se cuidaban mas los hombres de la astrología judiciaria, que de verdadera astronomía, y corrían con la misma ansia que en los tiempos anteriores, tras de los misterios y ofertas de la alquimia. En matemáticas puras se hacian los progresos que son tan naturales, hallándose bien sentados los elementos de la ciencia; sobre todo, inventada ya el álgebra, uno de los mas poderosos que la desarrollan. En el arte de la navegacion se hicieron, sin duda, los grandes progresos que eran necesarios, en vista de los mares inmensos que en todos sentidos se cruzaban, y los paises vastos y lejanos que se descubrian. Los adelantos de la navegacion y geografia eran precisamente simultáneos. La historia natural, por

poco que los hombres se mostrasen observadores, no podia menos de seguir sus huellas.

Las ciencias eclesiásticas tambien debieron sin duda de progresar mucho en aquel tiempo, en que la imprenta se consagraba en gran manera á la difusion de la Biblia y de los santos Padres, en que tantas plumas sábias se dedicaban á traducir en latin los de la iglesia griega, á fin de hacer mas fácil su lectura. Las contiendas religiosas que en aquella época se suscitaron, sin duda sirvieron de nuevo estímulo al estudio, en unos por curiosidad, en otros por fortalecer sus creencias, y en no pocos para buscar armas con que presentarse en la batalla. Mas de estas guerras, y del movimiento que en el espíritu de los hombres imprimieron, hablaremos con mas extension en adelante.

En cuanto á las letras puramente humanas, eran visibles los progresos en todos los puntos de Europa, y el nuevo gusto que en sus diversos ramos se iba desplegando. Era, como ya hemos insinuado, favorito y como de moda el de los grandes modelos de la antigüedad, que la imprenta infatigable reproducia en diversas formas, originales los unos, traducidos al latin, y aun á lenguas vulgares otros, satisfaciendo apenas el ansia con que se buscaban (1). Los historiadores y poetas eran los mas apetecidos, y los que se imitaban cuál mas, cuál menos, en todas las composiciones de ambas clases. El arte militar no fué menos objeto de indagaciones que los otros. Con Ciceron y Tucídides, se estudiaba á Polibio, á César, á Vegecio.

Fué suerte de Italia haber florecido en la primera mitad del siglo XVI, tanto en literatura como en artes, hasta el punto de reducir la segunda con pocas excepciones casi á un estado insignificante. Ya desde la última

(1) De los progresos que hacia este arte tipográfico, deponen las hermosas ediciones de aquel tiempo, en Italia, Alemania, en los Países-Bajos y aun en algunos puntos de España, aunque en escala mucho menor que en dichos países extranjeros.

mitad del siglo XV en Roma, en Venecia, sobre todo Florencia, en la corte de los Médicis, florecieron ingenios grandes en verso, en prosa; profesores célebres de literatura antigua, que difundian su gusto en toda Italia. Los Policianos, los Poggios, los Pontanos, los Phidelfos eran buscados, protegidos, festejados por los grandes personajes, por los principes que tenian á honor el contarlos entre sus primeros cortesanos. A la mesa de Lorenzo de Médicis el Magnífico, padre del papa Leon X, se celebraban y cantaban los poemas de Policiano, el Morgante del Pulci, el Orlando enamorado de Mateo Boyardo. A principios del siguiente, encantó la Italia Ariosto con su magnífico poema, el mas fecundo en bellezas de toda especie que salió de manos de hombre; donde lo maravilloso de la invencion compite con lo ingenioso del tejido; donde se disputan la palma todos los géneros, desde el bufon hasta el sublime; donde se pasea la imaginacion por un laberinto de descripciones que embelusan; donde los personajes son sin número con una variedad de caracteres que sorprende; donde el lector no se pierde en lo enmarañado de tantas aventuras; donde no se cansa ni fatiga con tantas batallas, y sobre todo con tantos duelos de hombre á hombre; donde el poeta supo cantar todas las glorias de las principales familias de su tiempo, y tuvo la admirable habilidad de sostener la atencion, y cautivar la curiosidad durante cuarenta y seis años, cuya circunstancia sola deponen de la gran belleza de su poesía. Todo esto se encuentra en el Orlando Furioso, produccion admirada por cuantos hombres aman la literatura, y se precian de buen gusto en todos los países de la tierra.

En la corte del magnífico Leon X tenian acogida y proteccion cuantos en las letras valian y brillaban. Ningun medio y estímulo se omitia para aunar el ingenio, producir imitaciones y restauraciones de lo antiguo, ó nuevas creaciones. Los cardenales Bibiena, Sadolet y Bembo daban el ejemplo. Delante del pontífice se represen-